CAPÍTULO XI

LA ÚLTIMA ESPERANZA DE CORTÉS

Pero si bríos le faltaron á Cortés para tomar una resolución violenta después de la Junta celebrada en Huexotzinco, fué porque en su ánimo deben haber pesado otro orden de ideas que en él influyeron sin duda poderosamente.

Quizá, como dice el Dr. Mora, trató de reservar para mejor ocasión, que no volvió á presentársele en lo sucesivo, el intento de hacer la independencia de la Colonia; pero el Gobierno español tuvo la precaución de imponer su autoridad, apoyándose en el gran prestigio que ejercían sobre los conquistados y los colonos los misioneros y los miembros todos del clero secular, en el nombramiento de autoridades adictas por completo al Soberano, y en la radicación de muchos españoles, « que no habiendo militado á las órdenes del Conquistador, ni tenido que esperar, ni temer nada de él », fueran « otros tantos obstáculos para cualquier proyecto

que tuviese por objeto el apoderarse de la colonia substrayéndola de la dominación española. »

Según opinión del mismo Dr. Mora, Cortés « se hallaba fuertemente impresionado en las ideas caballerescas de fidelidad dominantes en su siglo : « él se había formado una reputación la mayor de que es capaz un vasallo, y había adquirido un nombre inmortal que iba á trasmitir su gloria á la más remota posteridad. Estos bienes, los únicos que los hombres aprecian en el último período de la vida, eran perdidos para él, si una empresa aventurada que no coronase el éxito lo hacía aparecer después de sus días como un rebelde, y esto sin duda fué lo que le retrajo de intentar contra Carlos V, lo que le había salido bien contra Velázquez, pues por lo demás, estaba en su genio emprendedor, en su carácter ambicioso de gloria y poder, y en el vivo resentimiento que debieron producir en él los multiplicados y repetidos desaires de la corte, el proyecto de hacerse soberano del país que había conquistado (1) ».

Cortés, á pesar del partido del Rey que cada día adquiría más prosélitos y de los enemigos irreconciliables que en la lucha con los suyos le había atraído ; Cortés, tenía á la sazón un apoyo incondicional en sus antiguos capitanes y soldados, en los religiosos franciscanos que tan venerados eran en su mayoría, y en los mismos indios para quienes, como gobernante, había tenido miramientos que no tuvo como conquistador.

(1) *Méjico y sus revoluciones*, tomo III, págs. 199 y 200.

Don Hernando contaba también con armas, y artillería; buques y marineros en las costas. Era visto en la Colonia como la personificación del Rey, pues como ya se ha hecho constar, cobraba quinto, fundía moneda, hacíase preceder de un guión, ocupaba sitial especial en las ceremonias religiosas, y en fin, poseía muchos bienes raíces y grandes sumas de oro y plata, aunque no en la cantidad maravillosa que le atribuían sus enemigos codiciosos.

El resultado que hubiera tenido su intento de levantarse en 1528 no es fácil preverlo. Quizá hubiera fracasado, pero fuera de este temor, y de las otras ideas apuntadas por el Dr. Mora, lo que de una manera muy especial debe de haber pesado en el ánimo de Cortés para no lanzarse entonces á las vías de hecho, era la esperanza de obtener de Carlos V, en su viaje á Castilla, la gobernación de la Colonia que tanto se le disputaba.

Cortés hizo su viaje de modo inesperado y violento, pues la navegación duró cuarenta y un días, y pensó, con razón de sobra, que sólo su presencia en la Corte de España sería el mejor mentís á las acusaciones, fundadas ó nó, que habían hecho dudar tanto al Rey acerca de su fidelidad; pensó, que el Monarca, que había concebido hasta la idea de mandarlo degollar, ó por lo menos conducirle preso, si presentaba resistencia á obedecer á las nuevas autoridades por él mandadas, al verlo poderoso, seguido de un gran séquito, aclamado en los caminos y en las calles, desde su desembarque hasta llegar á Toledo, pero sumiso y obediente como el

más humilde vasallo; pensó, repetimos, que le concedería cuantas mercedes solicitase.

Y en efecto, Cortés en la Corte, obtuvo la más espléndida recepción el año de 1528, y gratísima fué para él su permanencia en los años sucesivos hasta tornar á México. Llegó « con tanto acompañamiento y majestad, dice Lanuza, que más parecía de principe ó señor poderosísimo, que de capitán y vasallo de algún rey ó emperador (1) ». Y era tanta su fama que « segun se decia, excedia en las hazañas á Alejandro Magno, y en las riquezas á Creso (2) ».

El mismo emperador Carlos V lo visitó personalmente cuando Cortés cayó enfermo y en cama, y en los lugares públicos le tributó toda clase de consideraciones y distinciones. Sus bodas con Doña Juana de Zúñiga estuvieron regias, pues los regalos y joyas con que obsequió á la novia, « fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer », al decir del cronista López de Gomara.

Carlos V le concedió entonces veinte ciudades, con veintitrés mil vasallos; le adjudicó dos palacios para su habitación, que habían sido de Motecuhzoma; peñoles en que recrearse, huertas y molinos; le dió el título de Marqués del Valle de Oaxaca, y le nombró Capitán General de la Nueva España, de las provincias y costas del Mar del Sur, y descubridor y poblador de aquellas mismas costas é islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para si y para sus descendientes (3).

(1) *Historias eclesiásticas y secular de Aragòn*, lib. III, cap. XIV.
(2) *Idem, Idem.*
(3) GOMARA, edición de « Rivadeneyra » pág. 424.

Pero « pidió la gobernación de México y no se la dió »; y no le valieron ni las repetidas súplicas ni las influencias de los principales nobles de Castilla, sus deudos ó amigos.

Y á esto había ido principalmente Cortés á España, y por esto, á no dudarlo, se había contenido para no tomar una resolución violenta, después de los consejos que pidiera en la Junta de Huexotzinco.

Cortés debe haberse sentido gratamente deslumbrado y satisfecho con el pomposo recibimiento en la Corte, muy agradecido por tantas mercedes con que le agraciara la Majestad del gran Emperador Carlos V; pero profundamente disgustado al no obtener el mayor de sus anhelos, el gobierno de la Nueva España, que una vez consumada la empresa de la Conquista — su ideal primero — había sido el que le preocupó tanto tiempo y por el que desobedeció al Rey, y faltó hasta á los fueros de leal vasallo.

Cortés, debe haberse arrepentido, una y muchas veces, de concebir una esperanza que sería entre otras la amargura principal en el resto de su vida.

Volvió á México y tornó á España, pero en México, si bien obtuvo muchos aplausos al llegar, sufrió mucho, y cuando volvió por segunda vez á España, el Emperador le recibió fríamente.

La existencia de Cortés, desde 1530 hasta 1547 en que murió, fué una serie de sufrimientos y tristes decepciones. Peligros sin cuento, en sus postreros descubrimientos; sumas cuantiosas gastadas en ellos, sin fruto

positivo; disgustos y considerables cantidades consumidas para defenderse en el proceso de residencia, y de las muchas demandas que en su contra le interpusieron, ó que él interpuso para reclamar bienes de que le habían despojado; riñas y disputas con oidores y virreyes, sus émulos en conquistas y en empresas agrícolas ó marítimas; desaires del Emperador; cuidados de familia; enfermedades; en una palabra, un calvario de penas y desastres, resumido por él mismo en su Carta á Carlos V, de 3 de Febrero de 1544.

« Pensé, le decía, que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así há cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal; traer las armas á cuestas, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad, todo en servicio de Dios, trayendo ovejas en su corral muy remotas de nuestro hemisferio, é inoctas y no escritas en nuestras escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey, ganándole y trayéndole á su Real cetro muchos y muy grandes reinos y señorios de muchas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por muchos émulos é invidiosos que como sanguijuelas han reventado de hartas de mi sangre (1). »

Cuando escribió esa Carta, preñada de amargas que-

(1) *Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo I, pág. 41 y siguientes.

jas, de atrevidas inculpaciones, de solicitudes postreras que no se le concedieron, Cortés debe haber recordado su atrevido intento de levantarse con la tierra por él conquistada y arrepentídose de no haber tomado en Huexotzinco, una de esas violentas y enérgicas resoluciones, que tanto lo distinguieron; pues esa tierra el Rey la gozaba y era regida por otros, y á esa tierra la quería Cortés porque ella había sido el teatro de sus hazañas, la cuna de sus hijos, el lugar en que radicaban sus bienes, el sitio en donde tuvo la intención de morir, y en donde ordenó descansaran sus restos mortales.

Cortés, empero, ufano con su gloria de conquistador, que tanto deslumbraba en su época; escrupuloso en faltar á sus deberes de leal vasallo, idea tan sagrada para sus contemporáneos; queriendo satisfacer sus ambiciones de *mando supremo*, en la tierra que había conquistado, pero mando que prefería obtener, no por un alzamiento, sino por concesión legal de su Señor y Monarca; optó por morir doliente en su lecho y olvidado en Castilleja de la Cuesta, á ser quizá degollado en la plaza mayor de la Capital de la Colonia que él fundara. Se conformó con atropellar con su carro triunfante de vencedor á las víctimas inocentes de su ambición, de su crueldad y de su codicia, y vaciló en escalar con su audacia, su valor y su política, el pedestal glorioso donde se levantan gigantescos los fundadores y libertadores de una nacionalidad.

BIBLIOTECA CENTRAL

LIBRO SEGUNDO

1529-1568

LOS PRIMEROS MÁRTIRES